

MILL Y EL UTILITARISMO

Sobre el autor

John Stuart Mill nació en Londres, el 20 de mayo de 1806, y fue el primero de los nueve hijos de su padre, el teólogo y economista James Mill, quien consideraba que la educación de su hijo era una carrera para crear un genio. Por ser buen amigo del filósofo Jeremy Bentham, su padre le inculcó el espíritu del utilitarismo. Con tan solo tres años, John Stuart Mill tomaba clases de lenguas clásicas, pronto comenzó a leer a los clásicos de la filosofía y, a la edad de 13 años, completó un curso en economía. El famoso economista David Ricardo, también amigo de su padre, solía invitar al muchacho a caminar mientras conversaban sobre política económica. Al cumplir 14 años, Mill viajó a Montpellier, donde estudió química, zoología, matemática, lógica y metafísica. Vivió en casa del hermano de Bentham y por primera vez tuvo la oportunidad de trabar amistad con gente de su misma edad. Al regresar a Inglaterra, Mill obtuvo un puesto bien remunerado en la Compañía Británica de las Indias Orientales, que le permitió seguir sus intereses literarios. A finales de los años 1820, Mill experimentó una grave depresión. Esto lo llevó a repensar de manera drástica sus ideas de la felicidad y del utilitarismo. Se dedicó a consumir literatura contemporánea: Goethe y, desde la sociología, Auguste Comte marcaron sus ideas. Su obra también se vio fuertemente influenciada por la feminista Harriet Taylor, con quien se casó en 1851. Además de sus actividades como empleado y editor de una publicación radical liberal, el *London Review*, Mill trabajó incansablemente en sus ensayos y escritos. Rápidamente comenzó a publicar sus textos, entre ellos, *Principios de la economía política* (1848) y el famoso *Sobre la libertad* (1859). Tras el cierre de la Compañía Británica de las Indias Orientales, en 1858 se trasladó a Francia, pero, pocos años después, regresó a Inglaterra. Como miembro del Senado, defendió el derecho al voto de las mujeres y la anulación de la pena de muerte. Murió en Aviñón, el 9 de mayo de 1873.

El contexto histórico de la aparición de **Utilitarianism** de Mill es el siguiente: entre 1750 y 1870, Inglaterra experimentó una explosión poblacional: en menos de un siglo se triplicó el número de habitantes. La población rural se trasladó masivamente a la ciudad para beneficiarse con la incipiente industrialización. A comienzos del siglo XIX, la clase media y trabajadora adquirieron un nuevo significado económico y social, pero siguieron estando fuera de los procesos de toma de decisiones políticas.

A diferencia de lo que sucedió, por ejemplo, en Francia, la evolución de un gobierno realista a uno democrático se produjo de forma relativamente pacífica. Pese a las reformas políticas, en especial de 1834 (ley contra la pobreza de 1834, la limitación de las horas de trabajo para mujeres y niños y las regulaciones de la política sanitaria), estas reformas no lograron impedir que Inglaterra siguiera marcada por la miseria y la pobreza hasta muy entrada la era victoriana.

Origen

Desde su temprana infancia, John Stuart Mill había sido educado por su ambicioso padre, **James Mill**, en el espíritu del utilitarismo. Los primeros representantes ingleses de esta corriente del pensamiento filosófico, cuyas raíces llegan hasta la antigüedad

clásica, fueron, entre otros, **Thomas Hobbes**, y **David Hume**, pero el íntimo amigo de los Mill, **Jeremy Bentham**, fue el responsable de dotarlo de un sistema formal. Para los juristas liberales, el principio de la mayor felicidad para la mayoría se convertiría en el objetivo de todas las acciones morales y políticas. No es la calidad sino la cantidad de la felicidad lo que para Bentham definía el valor moral de una acción.

Como lo expresó John Stuart Mill en su autobiografía, los estrictos métodos de enseñanza paternos causaron una gran impresión en él. A finales de los años 1820 experimentó una fuerte crisis personal. Según sus propios dichos, la experiencia de la depresión tuvo una gran influencia en su concepción filosófica y en sus ideas de felicidad personal. Desarrolló la idea de que la verdadera felicidad solo podía alcanzarse de modo indirecto, por medio del sacrificio y del esfuerzo espiritual. Y, si bien seguía creyendo en el utilitarismo algo simple de Jeremy Bentham, al mismo tiempo comenzó a ver la búsqueda de la felicidad de un modo más diferenciado.

Introducción: el bienestar común como felicidad para el individuo

¿El pensamiento exclusivamente utilitario afecta el bienestar común? ¿Quien solo tiene en mente su propia felicidad es un egoísta? ¿Una moral orientada al placer es depravada? Todo lo contrario, afirma John Stuart Mill en su texto en defensa del utilitarismo. Todas las personas aspiran a ser felices, este es un hecho empíricamente observable. Los utilitaristas concluyeron entonces, a principios del siglo XIX, que lo que produce placer es moralmente bueno y, por el contrario, lo que produce dolor, es malo. Para contrarrestar los argumentos contra esta postura ética, Mill distingue entre el placer físico y el intelectual, al que la asigna un mayor valor. En consecuencia, la verdadera felicidad, la que excede el instante, solo puede lograrla quien se compromete con el bienestar social. El pensamiento de Mill no tiene un sustento académico, sino que es una filosofía muy práctica y en el territorio angloamericano sigue siendo una de las teorías más influyentes y controvertidas.

Ideas fundamentales

- *Utilitarismo* de John Stuart Mill es una apasionada defensa de la utilidad como principio básico de la ética.
- Una acción es moralmente correcta si proporciona placer e incorrecta si ocasiona dolor.
- Hay un placer meramente físico y animal, y otro más elevado y espiritual.
- La verdadera felicidad no se alcanza a través de las alegrías sensoriales, sino comprometiéndose con otros. La felicidad de todas las personas es, entonces, el bienestar común, no es una mera idea abstracta. Se construye a partir de la felicidad concreta de muchos individuos.
- Una educación adecuada y un progreso constante pueden eliminar los males que aquejan al mundo, como la pobreza y las enfermedades.
- Mill defiende su teoría frente a los reproches de hedonismo y egoísmo.

- Ejerció una gran influencia en filósofos liberales contemporáneos como Friedrich August von Hayek, y en la teoría de la justicia de John Rawls (*Teoría de la justicia y de la igualdad de oportunidades*).

El viejo problema de la filosofía moral

Desde hace más de dos mil años, la filosofía se ocupa de los fundamentos morales. Se crearon infinitas escuelas y partidos, y, sin embargo, desde Platón no ha sido posible avanzar ni un solo paso para responder a la cuestión de la medida para lo bueno y lo malo. No obstante, los pensadores serios de todas las escuelas concuerdan en un punto: la capacidad de establecer un juicio moral no es propia de los sentidos como la vista o el oído, sino parte de la razón. Poseemos principios morales que utilizamos para casos concretos. Hasta ahora no ha sido posible determinar de dónde provienen estos principios ni cuál es la máxima de la que se desprenden. Si bien es cierto que Immanuel Kant estableció el primer principio universal de la obligación moral en estos términos: “Actúa de modo tal que la máxima de tu acción pueda ser aceptada por todos los seres dotados de razón como una ley universal”, falló en el momento en que intentó desprender de ello obligaciones concretas. La motivación de las mismas resulta insuficiente para la mentalidad del utilitarismo, en el que la fuerza de un deseo que busca la satisfacción del placer y el rechazo del dolor, es insustituible.

El utilitarismo, ¿una teoría para los cerdos?

En el lenguaje cotidiano, lo útil suele oponerse a lo placentero. La mayoría de los escritores y periodistas utiliza la palabra utilitario de modo erróneo, es decir, en forma despectiva frente a todo lo bello, placentero y agradable. Pero, en realidad, la teoría del utilitarismo es la idea de la utilidad o del principio de la mayor felicidad como base para la moral que parte del siguiente postulado: una acción es moralmente buena si fomenta la felicidad y mala, si la impide. Por felicidad, se entiende la presencia de placer y la ausencia de dolor. La finalidad última de toda acción humana es, en consecuencia, una vida tan libre de dolor y tan plena de placer como sea posible.

Los críticos objetan que debería haber una meta más alta, más noble en la vida, que el mero placer. Es por ello que detractan el utilitarismo, que tiene sus orígenes en Epicuro, y lo definen como primitivo y animal, como una “teoría para los cerdos”. Pero, al hacerlo, olvidan que la mayoría de las personas asignan al placer intelectual, los sentimientos y la imaginación un valor mucho más alto que al mero placer físico. Son pocos los que aceptarían convertirse en animales y renunciar a los placeres más elevados, incluso si esto significara obtener a cambio la mayor satisfacción del deseo meramente físico. El motivo es un sentido de dignidad que todas las personas poseen en mayor o menor medida. Si hay quienes aceptan los placeres más bajos es solo porque no conocen otro tipo de placeres. Muchos suelen criticar que, en definitiva, es imposible acceder a la felicidad en vida. Es cierto: la felicidad absoluta como estado constante de excitación sexual es inalcanzable, implausible. Sin embargo, muchos otros placeres, sobre todo los de origen espiritual sí pueden alcanzarse, al igual que un alto grado de ausencia de dolor.

Comprometerse con la felicidad de los demás

La falta de educación, las malas instituciones sociales, el egoísmo y la falta de desarrollo intelectual son las causas de una vida insatisfactoria. Quien persigue solo sus propios intereses egoístas, alcanzará una satisfacción pasajera, una felicidad efímera; pero, quien se compromete con las personas que lo rodean puede experimentar momentos de felicidad, incluso en la vejez. Un espíritu cultivado siempre encuentra algo interesante en la naturaleza, en el arte, en la poesía, en el pasado, en el presente y en el futuro. Los grandes males de este mundo –la pobreza, la enfermedad, el desamor y la falta de valor– parecen inevitables en las condiciones actuales, pero, a largo plazo, pueden ser eliminados por completo con la ayuda de la inteligencia humana y de los esfuerzos científicos. Paradójicamente, la mayor satisfacción de las personas consiste en fomentar la felicidad de los otros, renunciando de forma voluntaria a su felicidad personal. Por ello, la medida para actuar correctamente no es la felicidad del individuo sino la felicidad de toda la sociedad.

La moral debe ser aprendida

La moral cotidiana está tan enraizada en nosotros por la educación y la costumbre, que no la cuestionamos. La prohibición de matar, robar o engañar no necesita ser justificada. Pero, ¿qué nos obliga a fomentar la felicidad de toda la sociedad en lugar de privilegiar la felicidad personal? Entre los motivos externos se encuentra la esperanza de obtener ventajas y la simpatía de quienes nos rodean, las ansias de ser apreciados por los demás, el miedo a no ser querido por otros y, para las personas creyentes, el amor y el temor a Dios. Todo esto no debe confundirse con la sanción interna a esta prohibición: las personas bien educadas –en definitiva, la moral es una cuestión de educación– reaccionan con un dolor interno a toda infracción a las obligaciones y prohibiciones o bien, su conciencia les impide desoírlos. Los sentimientos morales no son innatos sino educados, pero eso no los hace menos naturales. Al igual que el habla, el pensamiento o la planificación urbana, que deben aprenderse, aunque tenemos la capacidad de lograrlo en nuestro interior, la predisposición a los sentimientos morales también es parte de nuestra naturaleza. Pueden desarrollarse de manera espontánea y fomentarse con la educación, pero también es posible ahogarlos de raíz por miedo en la primera infancia.

La civilización fomenta la unión social

La base más sólida de la moral utilitarista son los sentimientos sociales de las personas. La necesidad de estar de acuerdo con quienes nos rodean aumenta a medida que aumenta el grado de civilidad. En una sociedad sana, las personas crecen con la conciencia de que una vida en conjunto solo es posible si los intereses de todos son considerados en igual medida. Trabajan juntos y se identifican con un objetivo común, les interesa el bienestar de quienes los rodean y cuidan su propiedad. Este sentimiento social se alimenta de la contagiosa fuerza de la simpatía y la educación y se apoya en sanciones externas. Cuanto más avanza una sociedad en el proceso de la civilización, más naturales le resultan las bases de la convivencia y más fuerte es el sentimiento de pertenencia de los individuos.

La felicidad es el único fin

No es posible demostrar los principios morales. La única noción de que la felicidad es deseable como fin último se basa en la experiencia de que las personas así lo desean. Otras cosas que nos resultan más deseables, como la virtud, la fama, el dinero o el poder, son solo un medio para el fin, o son una parte de la felicidad misma. El dinero, por ejemplo, solo sirve para comprar cosas y con ello satisfacer nuestras necesidades primitivas. El deseo de tener dinero también puede ser un fin en sí mismo y, con ello, parte de la felicidad misma. Lo mismo sucede con el poder y la fama: ayudan a las personas a cumplir sus sueños y por eso son tan deseados. Cuando el deseo de poder se desprende e independiza de otros deseos concretos, ya no es un instrumento sino una parte de la felicidad misma. El utilitarismo tolera este tipo de búsquedas de felicidad, en la medida en que traiga aparejado más provecho que daños. Sin embargo, la felicidad que subyace a las conductas virtuosas y a la promoción del bienestar común tiene un valor claramente superior.

“Es mejor ser una persona insatisfecha que un cerdo satisfecho, es mejor ser un Sócrates insatisfecho que un idiota satisfecho””.

Justicia y utilidad

La mayoría de los pensadores rechazan la teoría de la felicidad o el placer como medida moral, porque creen en la idea de una justicia natural. En este sentido, argumentan que lo justo tiene un valor propio, absoluto, que puede escindirse de todo tipo de finalidad. Pero, ¿el sentimiento de justicia que tienen los hombres es un sentimiento independiente, un don natural, como la capacidad de percibir los colores o los sabores? ¿O acaso se trata de un sentimiento secundario surgido, en última instancia, del deseo general de sacar provecho?

Para rastrear el origen del sentimiento de justicia debemos definir, en primer lugar, lo que consideramos justo o injusto. Injusto nos parece despojar a alguien de su libertad personal, de su propiedad o de sus derechos de base legal, romper una promesa, descuidar una obligación o decepcionar a alguien. Por el contrario, consideramos que es justo cuando alguien recibe lo bueno o lo malo que merece como resultado de sus acciones. Nuestra idea de justicia también incluye la noción de igualdad, sin embargo, esta se ve muchas veces limitada, sobre todo en los casos en los que resulta propicio: en muchos países que todavía tienen esclavos, las personas tienen los mismos derechos ante la ley, pero el sistema de la esclavitud no se ve afectado por esto. Evidentemente, allí donde las diferencias sociales son consideradas útiles, la desigualdad social y material no son consideradas injustas. Quien considera que los gobiernos son útiles y necesarios, no se queja de las desigualdades en la distribución del poder político. Algunos comunistas exigen que los productos producidos sean distribuidos equitativamente entre todos los miembros de una comunidad, otros, por el contrario, piensan que quienes tienen más necesidades deberían recibir más y que, de ese modo, todos pueden actuar con un sentido de justicia natural.

Enfoques interpretativos

- La base de la filosofía utilitarista es un **consecuencialismo** estricto: el hecho de que una acción sea considerada buena o mala desde el punto de vista moral depende exclusivamente de sus consecuencias.
- Con su texto, Mill buscaba, entre otras cosas, ofrecer una defensa del utilitarismo frente a la acusación de ser un **hedonismo** en un estilo como el propuesto por Epicúreo. De este modo, intentaba superar las limitaciones del utilitarismo primitivo de su maestro Jeremy Bentham. El filósofo de la antigüedad clásica describió a las personas como las veía: en una búsqueda constante del placer. De esta constatación empírica, Mill desprende una obligación normativa: si esto es así, entonces la búsqueda de la felicidad debe ser el único principio moral válido capaz de guiar nuestras acciones.
- **Utilitarismo no es egoísmo**. Para Mill, el interés de la sociedad no es una construcción abstracta. Por el contrario, se compone de muchos intereses concretos de personas individuales, los cuales deben tener el mismo valor y las mismas oportunidades.
- Mill está fuertemente influenciado por el filósofo francés Auguste Comte. Como él, reconoce en la **historia una tendencia al progreso moral**. Es este el que, en un futuro lejano llevará a que los hombres se identifiquen con los objetivos de la nación y finalmente, con los de toda la humanidad.
- Las **críticas al utilitarismo** son muchas: desde el punto de vista utilitarista, por ejemplo, se puede justificar la tortura o el asesinato, siempre y cuando esto sirva para salvar otras vidas. La idea de la dignidad humana o de la justicia universal (ideas propias de teorías morales objetivistas como la kantiana) también puede entrar en contradicción con los objetivos utilitaristas. Además, la teoría tiene contradicciones internas, por ejemplo, la conclusión ilógica de que de la búsqueda de la felicidad individual resulta la búsqueda de la felicidad para toda la sociedad.
- Para Mill, la búsqueda del bienestar común era una cuestión de educación. La ciencia actual, sin embargo, parte de la idea de que la conducta altruista está determinada en gran medida por la genética.